

Amor y Fecundidad

Por ENRIQUE E. FABBRI S. J.

"...El matrimonio no es sólo un acto de la naturaleza, sino, además, para las almas cristianas, es un gran sacramento, un gran signo de la gracia y de una cosa sagrada, como lo son las bodas de Cristo con la Iglesia, hecha suya y conquistada con su sangre, para regenerar a la nueva vida del espíritu a los hijos de los hombres que creen en su nombre..."

La unión indisoluble e inseparable (de Cristo con la Iglesia) se nutre de aquel amor absoluto y sin fin que brota del corazón de Cristo. ¿Cómo podría el amor conyugal ser y decirse símbolo de dicha unión, si fuera deliberadamente limitado, condicionado, sujeto a disolución, y fuera sólo una llama de amor transitorio?...". (Pío XII, "Alocución a los recién casados", 22-IV-1942).

BIEN dice un autor contemporáneo que "sin amor la humanidad no podría existir un día más" (1); y a pesar de todo, no hay, en nuestro mundo actual, verdad más desfigurada que la del amor. Basta una observación objetiva y valiente, afirma el mismo, para poner fuera de toda duda que el amor —conyugal, fraterno, maternal—, es un fenómeno relativamente raro, y que en su lugar pululan las formas de pseudo-amor, tristes y contrahechas caricaturas de la realidad (2).

(1) ERICH FROMM, *El arte de amar*, Paidós, Buenos Aires, 1959, pág. 28.

La formación de los hombres en el amor humano es prácticamente inexistente en nuestra sociedad. Vivimos en un mundo de técnica en el que se va perdiendo la noción de arte; y el amor es una de las grandes artes que ha de aprender el ser humano. Por eso se multiplican las técnicas de hacer el amor, pero se pierde el sentido y el misterio del mismo amor; y se llega así al absurdo de hacer el amor sin amor, que es el infierno humano del egoísmo. El amor verdadero es fecundo; por eso el hijo y el fruto espiritual ha sido inmolado al placer.

(2) *Ibid.*, pág. 93.

El medio cristiano no ha podido librarse de esa contaminación. Y es en el amor de hombre y mujer en el seno del hogar y de la vida familiar en donde más se hace sentir ese virus destructor. Muchos matrimonios de cristianos no están preparados para resistir al contagio y vencerlo porque les falta una formación religiosa profunda y personal:

"Aún en muchos medios cristianos el matrimonio, como también la vida, se ha convertido en una caricatura de matrimonio o de vida edificante, porque se contentan con conformarse a un pequeño número de los mandamientos o con adaptarse a costumbres ineludibles en razón de una larga tradición. Se olvida que no puede adquirirse ninguna nobleza a tan bajo precio. Sólo los *desinteresados y los profundamente religiosos* pueden resolver los conflictos en forma constructiva, por la comprensión y por un tratamiento adecuado". (3)

Pío XII señalaba grave y dolorosamente la crisis actual de la vida matrimonial:

"Al pensar en los daños que hoy producen, o pueden producir, en la familia, el ansia exagerada de bienestar material, que huye de la responsabilidad y del sacrificio; las agitaciones de la vida cotidiana, que hacen olvidar los superiores intereses espirituales; las exigencias del trabajo para todos, que disgrega el núcleo central familiar dispersando sus elementos; la tendencia a romper con los límites impuestos por la misma naturaleza al recato y al pudor, que quiere convertir a la mujer en algo bien distinto de esa cosa sagrada que es una madre; los principios falsos y disolventes que qui-

sieran reducir lo que es un sacramento a una fútil unión caprichosa, temporánea y accidental; el excesivo espíritu de independencia, que no puede soportar ningún freno ni ninguna autoridad; volvemos espontáneamente los ojos a la familia de Nazaret...". (4)

¿Se educa en la actualidad al cristiano en el amor humano? ¿Se forman hombre y mujer para el amor conyugal? El magisterio pretende atiborrar al hombre desde niño de toda clase de nociones; muchos se esfuerzan en enseñarle a pensar; pero la escuela del amor queda confinada, por lo general, al campo de lo sensorial y de los problemas psíquicos. Se supone que el amor se modela por sí mismo y que por eso no tiene necesidad de ninguna iniciación (5). Y este olvido es doloroso, porque el amor es el valor supremo, por no decir único, de la vida humana. El cristianismo es la religión del amor. "En la tarde de nuestra vida seremos juzgados de cómo vivimos nuestro amor", nos recuerda San Juan de la Cruz; y no se nos preguntará sobre un

(4) *Alocución a un grupo de familias de Barcelona*, 11.IV.1957, "El Observador Romano", Bs. As., Nº 291 (13.VI.1957). Poco antes de su muerte deploraba: "Por múltiples causas, la estabilidad de los hogares está a menudo comprometida; sus condiciones de existencia son difíciles en muchos casos; la magnífica misión de los esposos, que no está exenta de sacrificios, no es comprendida por todos; y los hijos son, por desgracia, las primeras víctimas de este estado de cosas. Vosotros rogaréis y trabajaréis, queridos hijos, para que sean trazados los caminos y ofrecidas las posibilidades que permitan al mayor número una unión sana y fecunda, una vida familiar honesta y dichosa donde las exigencias de la moral no se sacrifiquen a las satisfacciones del placer individual ni a los goces del bienestar". (Mensaje al Congreso Mundial de la Familia, 10.VI.1958; Enseñanzas Pontificias. I - El Matrimonio, ed. Paulinas, Buenos Aires, 1960, pág. 483, Nº 770).

(5) E. FROM, *El arte de amar*, pp. 15-19.

(3) A. KRIEKEMANS, *Preparación al matrimonio y a la familia*. Euramérica, Madrid, 1958, pág. 174.

amor sentimental, sino sobre un amor evangélico, vibrando en un corazón de carne, que fecundiza en Cristo al amado.

EL HOGAR: NUCLEO DE LA INTENCION CREADORA

Fundar un hogar es unirse un hombre y una mujer para hacerse una nueva fuente de vida, calor y luz. El hogar es, como dice Pío XII:

"...el refugio de las horas amargas, el lugar de expansión en las alegres, el centro de compenetración de los espíritus y el complemento natural de lo que cada uno de sus elementos necesita, para cumplir con su función social y hasta para satisfacer mejor sus deberes como cristiano y como hijo de la Iglesia". (6)

Un hogar es pleno y fecundo, cuando marido y mujer no se cierran en un amor egoísta a dos, sino se desviven, dentro de las obligaciones de su estado, por irradiar esa vida, ese calor y esa luz a terceros. Un amor pleno de hombre y mujer aspira al hijo, como la planta se orienta al brote y el pulmón necesita sentirse empapado de aire.

El hogar es el seno psicológico en que los esposos colaboran con Dios en la obra de la creación engendrando nuevos seres y educándolos como hombres y cristianos. El mismo Dios ha hecho a los hombres colaboradores en la obra de completar el número de los llamados a constituir la Iglesia de Cristo a lo largo de los siglos. La razón última y religiosa del matrimonio es dar nuevos miembros a la Iglesia de Cristo, hasta que ésta llegue a su medida perfecta (Efes. 4, 12-16). Por eso

el matrimonio cristiano tiene algo de sacerdocio para con los hijos. Bien lo insinuaba Santo Tomás de Aquino al afirmar que hombre y mujer se unen en matrimonio cristiano para engendrar y educar a la prole en el culto de Dios (7).

El hijo ha de estar siempre virtualmente presente en el perfecto amor matrimonial. La perfección de la sexualidad físico-psicológica en su actuación y dinamismo no está tanto en la unión del hombre y la mujer, como en la familia, es decir el hijo. La unión carnal de los dos esposos lleva siempre grabada en su profunda naturaleza la "intención-de-tener-al-hijo"; esta realidad psicológica, instintivamente presente en el dinamismo finalista de la pulsión sexual, ha de hacerse conciente y connatural por la reflexión en el corazón de los cónyuges que se aman por la mediación de sus cuerpos, y de tal manera ha de integrarse en su acto de amor íntimo que nunca sea artificialmente quebrada en su dinamismo, aunque no siempre haya de lograr necesariamente su fruto visible, la concepción del hijo:

"Perturbar este justo orden de valores, invertirlos, haciendo de esa intención creadora algo secundario con respecto a la mútua complacencia, o de la procreación algo secundario con respecto a la voluptuosidad mutuamente participada, es no haber comprendido absolutamente ni la real sexología ni el verdadero personalismo". (8)

Sin la intención creadora del hijo la familia cristiana no refleja en su vida la imagen y semejanza del misterio trinitario de Dios. El amor divino en el mismo

(6) Alocución a un grupo de familias de Barcelona, 11-IV-1957; ibid.

(7) Suma contra los Gentiles, 1. IV, c. 78.

(8) S. LESTAPIS, Les vraies valeurs de la vie conjugale, Paris, 1953, pp. 64-65.

seno de Dios comporta dos procesos indisociables: la reciprocidad plena de amor entre el Padre y el Hijo, y la divina inspiración por la que Padre e Hijo dan eternamente origen al Espíritu Santo. El amor entre el Padre y el Hijo no es un amor egoísta a dos; está siempre abierto a una tercera Persona. Padre e Hijo se aman en una mutua respiración, que es el Espíritu, siempre presente como fruto de ese amor, siempre querido, nunca rechazado. Los cónyuges cristianos reflejan ese misterio de la vida divina en su mutuo y recíproco amor. No pueden, por lo mismo, si de veras quieren vivir plenamente fieles a su vocación, eliminar de su amor la presencia de la intención creadora del niño (9).

El amor conyugal pierde su plenitud desde el momento que el egoísmo acaba con esa intención creadora. Este podrá contentarse con una actitud mental, podrá dar un paso más adelante y recurrir a diversos medios anticoncepcionales, podrá hasta caer en el crimen de truncar una vida incipiente en el seno de su madre, pero siempre vaciará el amor en su más íntimo núcleo. No es necesariamente

la concepción del hijo la que plenifica al amor, sino la aceptación del mismo en todo íntimo acto de amor conyugal: aceptación interior que se puede y ha de realizar, aun en el caso que serias razones aconsejen a ambos cónyuges la práctica de la continencia periódica (10).

La procreación y educación de la prole es el fin primario del matrimonio, como dice la Iglesia (11), cuyo significado profundo, como se acaba de ver, si se descubre grande para todo hombre, aparece sublime para el que quiere vivir concientemente su vida cristiana.

ESPIRITU DE FECUNDIDAD Y ESPIRITU DE ESTERILIDAD

La limitación voluntaria de los hijos por medios ilícitos o por actitudes egoístas es una herida mortal infligida al mismo amor. Es el rompimiento del vínculo unitivo entre el amor y el sexo, que es la caridad. Se atenta contra la dignidad de la persona humana, que no es respetada como un fin, sino considerada como un medio para la mutua satisfacción de los deseos sexuales o de las emociones eróticas. La misma persona ha sido desbara-

(9) S. LESTAPIS, *La fécondité, problème familial et problème mondial en Famille d'aujourd'hui, situation et avenir*, Paris, 1957, p. 243.

(10) La presencia de la "intención-creadora-del-hijo" en todo pleno acto de amor conyugal se plantea como una verdadera paradoja. ¿Cómo admitir esa intención cuando uno de los dos cónyuges ha quedado estéril, o cuando se realiza el acto matrimonial, por justas razones, en un período agenésico? La "intención-creadora-del-hijo" puede estar presente, aun cuando se sepa a ciencia exacta que no habrá concepción. Esa intención sólo desaparece cuando concientemente se trunca el dinamismo finalista de la pulsión sexual y erótica o por una interna actitud de egoísmo o, aún peor, por un medio artificial —métodos anticoncepcionales—, que bloquean el mecanismo natural de la sexualidad humana orientado a la perfección de la persona por medio de la perdura-

ción en los hijos. Por eso, en todo pleno acto matrimonial, aun de cónyuges estériles o realizado por justas razones en un período agenésico, habrá siempre en lo más íntimo de la naturaleza conciente y libre de los dos amantes, aunque ellos no lleguen a darse exactamente cuenta, con tal que vivan en verdadera madurez humana y cristiana, junto a la plenitud de su mutuo amor carnal la suave nostalgia del hijo, que no se hará presente. Es la casi imperceptible resonancia que deja en la estructura psicológica de los amantes la presencia operante de ese dinamismo finalista de la sexualidad humana actualizada, que llamamos "intención-creadora-del-hijo": signo evidente de que su amor mutuo es puro y perfecto.

(11) Ver "Casti Connubii" de PIO XI (Enseñanzas Pont. I - El Matrimonio, p. 210, n. 274-280); y de PIO XII, *Disc. a las obstétricas*, 29-X-1951 (Ibid., p. 402, n. 633; p. 408, n. 646).

tada. La carne destrona la soberanía del espíritu y lleva al hombre a consentir con satisfacciones que están en contradicción con el bien total de toda la persona. Ya no se ama en el amor mutuo creador, sino se persigue egoísticamente el placer.

La sexualidad en su dinamismo intrínseco no puede ser apartada de la procreación. La limitación voluntaria y pecaminosa de hijos profana al espíritu del hombre sumergiéndolo en la carne y apartándolo de la plenificante presencia de Dios. Pero esto no significa que la Iglesia propicie un "natalismo" puramente numérico, como se dice comúnmente. La Iglesia no premia al número como tal, pero se esfuerza siempre en estimular el espíritu de generosidad sobrenatural en los cristianos. Y no se puede hablar de cónyuges cristianos generosos, si se rehusan a toda fecundidad en el ejercicio del acto matrimonial. Hay, sin duda, una íntima relación entre el espíritu de generosidad y la fecundidad. El espíritu de fecundidad es en sí independiente del mero problema del mayor o menor número de hijos. Es principalmente el fruto de una actitud de generosidad, de renuncia a la exagerada comodidad, de olvido de sí mismo; por eso es explicable que conduzca normalmente a la familia nume-

rosa (12). Del mismo modo, el espíritu de esterilidad es algo independiente del problema de la ausencia de hijos; es, por el contrario, pariente cercano del egoísmo, aun cuando sea un egoísmo a dos, es repliegue sobre sí mismo, temor pusilánime de la responsabilidad, y, en una palabra, miedo al amor tierno y exigente de Dios:

"El temor o la negligencia de la vida sobrenatural explica también en gran parte que los cristianos encuentren dificultades que les parecen insuperables en la vida conyugal. Si se da la preponderancia al hombre psíquico, que se deja guiar por la sensibilidad y sus instintos, no hay evidentemente solución. Pero la solución es simple, bien que brotada de una gran generosidad, para el cristiano que vive intensamente su vida sacramental y el dominio de sí en la fe y en el ejercicio de las virtudes teológicas y morales". (13)

Sin duda, los cristianos casados pueden practicar el acto matrimonial para fomentar su mutuo amor, cuando la misma naturaleza es estéril debido a la edad, accidentes o por encontrarse en un período agénésico. En estos casos no habrá espíritu de esterilidad, aunque no se siga la procreación, si el motivo verdadero es

(12) PIO XII ve en el egoísmo colectivo del mundo actual la causa de la poca protección dada a la familia numerosa: véase la *Aloc. a la Asociación italiana de las familias numerosas*, 20-1-1958. En este mismo documento señala enérgicamente el núcleo del mal: "Hay que deplorar, de modo particular, cierta prensa que de vez en cuando vuelve sobre el tema con la evidente intención de confundir las ideas del buen pueblo e inducirlo a error con falaces argumentaciones, con discutibles encuestas e incluso con declaraciones falsas de éste o del otro eclesiástico. Por parte católica, es preciso insistir para difundir la persuasión, basada en la verdad, de que la salud física y moral de la familia y de la sociedad se tutela solamente obedeciendo generosamente a las leyes

de la naturaleza, o sea del Creador, y ante todo sintiendo por ellas un respeto sagrado e interior. Todo en esta materia depende de la intención. Podrán multiplicarse las leyes y agravarse las penas, demostrar con pruebas irrefutables los absurdos de las teorías limitativas y los daños que de su práctica se derivan; pero si falta el sincero propósito de dejar que el Creador realice libremente su obra, el egoísmo humano sabrá encontrar siempre nuevos sofismas y recursos para hacer callar, si es posible, a la conciencia, y perpetuar los abusos". (*Enseñanzas Pont. - I - El Matrimonio*, p. 478, n. 764).

(13) G. GILLEMANN, *Morale chrétien en notre temps: Psyché, Pneuma, Agapé, Lumière et Vie*, 9 (1960), p. 50.

el mutuo amor y no un solapado egoísmo. Y el que recurre a la continencia periódica podrá estar seguro de no caer en un egoísmo de fariseo, si serias indicaciones médicas, económicas, eugenésicas o sociales le aconsejan esa práctica, lícita en sí para la Iglesia, con tal que haya causa seria y razonable (14).

El fomento de la vida interior es el más grande medio para afrontar las deformaciones del amor conyugal. Los futuros esposos y los ya casados han de ser educados —por cursos y retiros especializados—, en las grandezas y deberes del matrimonio cristiano, para que aprendan a reflejar en sus uniones de corazones y

de cuerpos el misterio del amor indisoluble, puro y fecundo, de Cristo con su Iglesia.

Esperemos que en todas las clases sociales vayan aumentando los jóvenes hogares cristianos, fervorosos y santamente audaces, que

"...puesta su fe en la gracia del sacramento del matrimonio para santificar su vida conyugal, aceptan la responsabilidad del nacimiento y educación de numerosos niños. Que eleven a todos con sus aspiraciones espirituales, con su ejemplo cautivador. Tales familias son una gran esperanza para la Iglesia y para la ciudad temporal". (15)

(14) La Iglesia acepta la "continencia periódica" cuando hay un motivo válido; ver PIO XII, *Disc. a las obstétricas*, 29-X-1951 (*Enseñanzas Pont.*..., p. 395, n. 615-622). Pero la condena también como pecaminosa cuando su único motivo es un larvado egoísmo: "...abrazar el estado matrimonial, usar continuamente de la facultad que le es propia y sólo en él es lícita, y por otra parte, sustraerse siempre y deliberadamente sin un grave motivo a su deber primario (es decir, tener hijos), sería pecar contra el sentido mismo de la vida conyugal... De aquí se sigue que la observancia de los tiempos infecundos puede ser lícita bajo el aspecto moral; y en las condiciones mencionadas es realmente tal. Pero, si no hay, según un juicio razonable y equitativo, tales graves razones personales o derivadas de las circunstancias exteriores, la voluntad de evitar habitualmente la fecundación de la unión, mientras, sin embargo, se continúa satisfaciendo la sensualidad, no puede menos de derivarse de una falsa apreciación de la vida y de los motivos extraños a las rectas normas morales". (*Ibid.*, p. 397, n. 621-622). Véase, también, la *Aloc. a los miembros del VIIº Congreso de Hematología*, 12-IX-1958; *Enseñanzas Pont.*..., p. 492, n. 787-790. La Iglesia siempre mantiene una actitud comprensiva y llena de estímulo para con los matrimonios que

quieren vivir con generosidad su vocación de cristianos casados. Decía PIO XII: "Y como el fin primario del matrimonio es estar al servicio de la vida. Nuestra principal complacencia y Nuestra paternal gratitud se dirigen a aquellos esposos generosos que, por amor de Dios y confiando en El, sostiene animosamente una familia numerosa. Por otra parte, la Iglesia sabe considerar con simpatía y comprensión las dificultades reales de la vida matrimonial en nuestros días. Por eso, en Nuestra última alocución sobre la moral conyugal afirmamos la legitimidad y al mismo tiempo los límites —en verdad bien amplios—, de una regulación de la prole, que, contrariamente al llamado "control de los nacimientos", es compatible con la ley de Dios. Se puede también esperar (pero en tal materia la Iglesia deja, naturalmente, el juicio último a la ciencia médica) que ésta consiga dar a aquél método lícito una base suficientemente segura, y las más recientes informaciones parecen confirmar tal esperanza". (*Discurso a las Asociaciones de familias numerosas*, 26-XI-1951; *Enseñanzas Pont.*, p. 416, n. 666-667).

(15) Carta de la Secretaría de Estado de su Santidad a la XLIV Semana Social de los Católicos de Francia, 16-VII-1957; *El Observador Romano*, Bs. As., n. 298 (1-VIII-1957).